# Textos seleccionados de las *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales, escritas por San Juan Bosco*

# SDB-1087Don Bosco: Padre y Amigo Integro al que Imitar

# *Una lectura vocacional de los primeros años de vida de Don Bosco para animadores/as que desean llegar a ser significativos para la vida de otros.*

*“Durante este año comprometámonos a conocer las Memorias del Oratorio… a ponerla en manos de los jóvenes: se convertirá también en un libro orientador para sus decisiones vocacionales”* (Rector Mayor, Acta 412)*.*

**Objetivos**

* **Asesores:** *Favorecer el conocimiento histórico del joven Juan Bosco desde nuestra perspectiva cultural actual, quien experimenta el amor de Dios dando todo en favor de los jóvenes pobres.*
* **Animadores:** *Responder al requerimiento del joven que queriendo llegar a ser alguien, comienza gradualmente a proponerse objetivos y a tomar decisiones.*

En cada sesión se señalan los textos correspondientes de las *Memorias*. Se transcriben a continuación:

**[1]** Muchas veces me pidieron pusiera por escrito mis memorias sobre el Oratorio de San Francisco de Sales y, aunque no podía negarme a hacerlo dada la autoridad de quien me lo aconsejaba, sin embargo, no me resolvía a hacerlo por tener que referirme continuamente a mí mismo. Sin embargo, ahora se agrega la orden de una persona de suma autoridad por lo que me es imposible demorar por más tiempo el asunto. Así que me he decidido a exponer detalles confidenciales que pueden echar luz o ser de alguna utilidad para el bien de esa institución que la divina Providencia se dignó confiar a la Sociedad de S. Francisco de Sales.

Quede claro que escribo únicamente para mis queridísimos hijos salesianos, con la prohibición de darlas a la publicidad sea antes, como después de mi muerte.

¿Para qué servirá, pues, este trabajo? Sin duda para que, aprendiendo las lecciones del pasado, se superen las dificultades futuras; para dar a conocer cómo Dios condujo todas las cosas en cada momento; y también servirá de ameno entretenimiento para mis hijos cuando se enteren de las andanzas en que anduvo metido su padre, cosa que ciertamente harán con mayor complacencia cuando, llamado por Dios a rendir cuenta de mis actos, yo no esté ya visiblemente entre ellos.

Ahora bien, si encuentran que algunos hechos están relatados con demasiada complacencia y quizá con aparente vanidad, les pido que sean comprensivos conmigo, ya que se trata sencillamente de los recuerdos de un padre que se deleita contándolos a sus queridos hijos, mientras éstos, a su vez, se han de gozar al conocer las pequeñas aventuras de quien tanto los ha amado y de quien en todas las circunstancias, pequeñas o grandes, siempre quiso hacerles el mayor bien, sea en lo espiritual como en lo temporal.

He organizado estas memorias en décadas, o períodos de diez años, porque en cada una de ellas, nuestra obra tuvo algún notable y significativo desarrollo. Hijos míos, cuando lean estas Memorias después de mi muerte, acuérdense que tuvieron un padre cariñoso que antes de morir quiso dejárselas en prueba de su afecto; y entonces, no dejen de rogar a Dios por mi eterno descanso.

**[2]** Los primeros diez años de mi infancia - muerte del padre - penurias familiares - la madre viuda.

Nací en Murialdo, poblado de Castelnuevo de Asti, el día consagrado a la Asunción de María al Cielo del año 1815. Mi madre se llamaba Margarita Occhiena, era natural de Capriglio. El nombre de mi padre fue Francisco. Eran campesinos que se ganaban sobria y honradamente el pan de cada día. Mi buen padre casi únicamente con sus sudores nos sostenía a la abuelita, septuagenaria y ya afligida por varios achaques, y a tres niños, el mayor de los cuales era Antonio, hijo del primer matrimonio; José era el segundo, y Juan, el más pequeño, que era yo. Además, sostenía a dos jornaleros que ayudaban en el trabajo del campo.

**[3]** No tenía yo aún dos años cuando Dios nuestro Señor permitió en su misericordia que nos sobreviniese una grave desgracia. Un día el amado padre, que era de complexión robusta, en la flor de la edad, y deseoso de educar cristianamente a sus hijos, de vuelta del trabajo enteramente sudado, entró por descuidadamente en la bodega subterránea y fría de la casa. El enfriamiento sufrido se manifestó hacia el anochecer en una fiebre violenta y vino a degenerar en una pulmonía muy fuerte. Todo los cuidados fueron inútiles, y a los pocos días se vio a las puertas de la muerte. Confortado con todos los auxilios de la religión, después de recomendar a mi madre confianza en Dios, expiraba a la edad de treinta y cuatro años, el 12 de mayo de 1817.

No sé qué fue de mí en aquella penosa circunstancia. Sólo recuerdo, y es el primer hecho del que guardo memoria, que todos salían de la habitación del difunto mientras yo quería permanecer a toda costa en ella.

- Ven, Juan; ven conmigo, -repetía adolorida mi madre.

- Si no viene papá, no voy yo, -le respondí.

- ¡Pobre hijo mío!, -añadió- ven, ¡ya no tienes padre!

Dicho esto, se puso a llorar, me tomó de la mano y me llevó a otra parte, mientras lloraba yo viéndola llorar a ella. Ciertamente, en aquella edad no alcanzaba a entender qué desgracia tan grande era la pérdida del padre.

**[4,1]** Este hecho sumió a la familia en la consternación. Había que mantener a cinco personas; las cosechas del año, que eran nuestro único recurso, se perdieron por causa de una terrible sequía; los comestibles alcanzaron precios fabulosos. El trigo se pagó hasta 25 francos la hémina; el maíz, a 16 francos. Varios contemporáneos que fueron testigos de los hechos me cuentan cómo los mendigos pedían angustiosamente las cáscaras del grano para suplir la sopa de garbanzos o de frijoles con que habitualmente se alimentaban; y que se encontraron en los potreros personas muertas con la boca llena de hierbas con las cuales habían intentado aplacar el hambre rabiosa que las desesperaba.

**[4,2]** Muchas veces me contó mi madre que alimentó a la familia mientras tuvo cómo hacerlo; después entregó dinero a un vecino llamado Bernardo Cavallo, para que fuera en busca de comida. Recorrió varios mercados sin poder adquirir nada, fuera al precio que fuera. Volvió dos días después cuando ya anochecía. Todos lo esperaban. Pero, cuando dijo que no traía sino el dinero que había llevado, el pánico se apoderó de la familia pues ese día habían comido muy poco y se podían, por tanto, prever funestas consecuencias para esa noche.

Mi madre, sin desalentarse, buscó entonces ayuda entre los vecinos, pero fue inútil. Nadie tenía con qué socorrernos. Fue entonces que nos recordó: mi esposo, cuando estaba para expirar me recomendó que tuviese confianza en Dios; vengan, vamos a ponernos de rodillas y a rezar. Luego, después de una breve oración, nos dijo: en casos extremos hay que buscar también soluciones extremas. Entonces, acompañada por el señor Cavallo, se fue al establo, mató un ternero, y haciendo cocinar a toda prisa una parte, trató de aplacar el hambre de la extenuada familia.

En los días siguientes se lograron conseguir los cereales necesarios haciéndolos traer de muy lejos y a precios ciertamente excesivos.

Puede imaginarse lo que sufrió y lo que tuvo que trabajar mi madre durante ese año tan lleno de calamidades. Pero con un trabajo infatigable, ahorrando en todo, aprovechando todo recurso posible, y con algunas ayudas verdaderamente providenciales, se pudo superar aquella situación tan crítica. Todo esto me lo contó muchas veces ella misma y me lo confirmaron diversos parientes y amigos.

Pasada aquella terrible penuria y mejorada la situación familiar, tuvo mi madre una ventajosísima propuesta de matrimonio. Ella respondió sin dudar un momento:

- Dios me dio y me quitó a mi marido. Tres hijos me dejó él al morir, y yo sería una madre sin corazón si los abandonase cuando más me necesitan

Le aseguraron que sus hijos iban a quedar al cuidado de un tutor responsable que vería solícitamente por ellos.

- El tutor, -respondió esa mujer generosa- podrá ser tal vez un amigo, pero yo soy la madre; y no los voy a dejar aunque me ofrecieran todo el oro del mundo.

**[5]** Su mayor preocupación fue la de la instrucción religiosa de sus hijos, enseñarles la obediencia y tenerlos ocupados en cosas compatibles con su edad. Mientras fui pequeñito ella misma me enseñaba a rezar; pero cuando ya fui capaz de rezar con mis hermanos, hacía que me arrodillara por la mañana y por la noche con ellos, y todos juntos entonábamos las oraciones y la tercera parte del rosario. Recuerdo que ella misma me preparó para mi primera confesión: me acompañó a la Iglesia, se confesó antes que yo, me recomendó al confesor y después me ayudó a hacer la acción de gracias. Luego siguió acompañándome hasta cuando vió que era capaz de hacerlo bien por mí mismo.

Así llegué a los nueve años. Quería mi madre entonces enviarme a la escuela, pero se me dificultaba bastante por la distancia ya que estábamos a cinco kilómetros de Castelnuovo. Por otra parte mi hermano Antonio se oponía. Llegamos después a un acuerdo. Podría ir durante el invierno a la escuela del cercano pueblecito de Capriglio, en donde efectivamente aprendí a leer y a escribir.

Mi maestro era un sacerdote muy piadoso. Se llamaba José Lacqua. Conmigo fue muy amable y puso mucho interés en mi adelanto escolar, pero sobre todo en mi educación cristiana. Durante el verano daba gusto a mi hermano trabajando en el campo.

**[6]** Tuve por entonces un sueño que me quedó profundamente grabado en la mente para toda la vida. Me pareció estar junto a mi casa, en un patio espacioso en donde se entretenía un gran número de muchachos, estaban riendo y jugando, pero muchos también, blasfemaban. Al oír esto, me lancé instintivamente entre ellos para hacerlos callar a gritos y puñetazos.

En aquel momento, apareció una persona venerable, de aspecto varonil y bellamente vestido. Lo cubría un manto blanco, pero no lograba ver su rostro por lo luminoso que era. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme al frente de aquellos muchachos, añadiéndome estas palabras:

- A estos amigos tuyos no los vas a ganar con los golpes, sino con la mansedumbre y la caridad. Empieza ahora a enseñarles la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.

Confundido y con temor, le dije entonces que yo era un pobre muchacho ignorante e incapaz de hablarles de religión a aquellos chicos. En ese momento, mientras yo hablaba, los muchachos dejaron de pelear y me rodearon.

Yo, casi sin darme cuenta de lo que decía, le pregunté:

- Pero, ¿quién es usted que me manda hacer cosas imposibles?

- Precisamente porque te parecen imposibles debes hacerlas posibles obedeciendo y adquiriendo la ciencia que necesitas.

- Y, ¿en dónde y cómo podré adquirirla?

- Te voy a dar la Maestra que te enseñará esa sabiduría sin la cual todo otro estudio será una tontería.

- Pero, y ¿quién es usted para hablarme de esa manera?

- Soy el hijo de Aquella a quien tu madre te acostumbró a saludar tres veces al día.

- Mi madre, precisamente, me ha enseñado a no meterme con gente que no conozca sin su permiso. Dígame su nombre.

- ¿Mi nombre?, pregúnteselo a mi Madre.

En aquel momento vi a su lado a una Señora de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada uno de sus puntos fuera una estrella brillante. Viéndome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, me indicó que me acercase a Ella, y tomándome bondadosamente de la mano:

- Mira, me dijo.

Entonces vi que aquellos muchachos habían desaparecido y en su lugar había cabras, perros, gatos, osos y otros muchos animales más.

- Este es el campo en el que debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto y ten en cuenta que lo que ves que está aconteciendo con estos animales, tienes que hacerlo tú con mis hijos.

Observé entonces y vi que, en vez de los animales feroces, había mansos corderos que saltaban y corrían bailando en torno nuestro, como si quisieran festejar al personaje y a la señora.

En aquel momento, y siempre en el sueño, me eché a llorar y pedía se me dijeran las cosas de otra manera pues hasta ahora no había entendido nada. Entonces Ella, poniéndome la mano sobre la cabeza, me dijo:

- A su debido tiempo lo comprenderás todo,

Y dicho esto, un ruido me despertó.

Quedé desconcertado. Mis manos estaban adoloridas por los puñetazos, y la cara, por las bofetadas recibidas. Después, durante la noche, estaba mi cabeza tan llena con lo del Personaje y la Señora y por todo lo que había estado oyendo, que ya no pude reconciliar el sueño.

Por la mañana, apenas pude, conté el sueño, primero a mis hermanos, que se echaron a reír, y luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José decía: “Vas a seguir cuidando cabras, ovejas y animales”. Mi madre, “tal vez llegues a ser sacerdote”. Antonio, secamente: “tal vez acabarás siendo cabecilla de bandidos”.

La abuela, que sabía mucha teología - era completamente analfabeta-, dijo la última palabra: “No hay que hacer caso a los sueños”.

Yo estaba de acuerdo con mi abuela, pero nunca pude olvidar ese sueño; y la razón de esto se podrá en cierta manera entender, a través de los hechos que voy a relatar en seguida.

**[7]** Muchas veces se me ha preguntado a qué edad comencé a preocuparme por los chicos. Pues ya a los diez años hacía lo que era compatible con esa edad y era una especie de oratorio festivo. Pongan atención. Desde pequeñito me fijaba en el modo de ser de mis compañeros. Mirando a alguien en la cara no era raro que me diera cuenta de lo que se proponía en su corazón. Por esto mismo, era muy amado y respetado de mis compañeros. Me buscaban o como juez o como amigo. Por mi parte, trataba de hacer el bien a todos, el mal, a ninguno. Tanto llegaron a estimarme que siempre me buscaban para que los defendiera cuando había peleas entre ellos. Y en verdad, aunque a veces fuera de menor estatura, era capaz de intimidar, con mi fuerza y mi atrevimiento, a compañeros que eran más grandes que yo. Por eso en caso de pugnas, discusiones o cualquier tipo de problemas, resultaba yo siendo el árbitro entre las partes, las que siempre acababan aceptando mi fallo.

Pero lo que los reunía a mi alrededor y los entusiasmaba hasta la locura eran mis historias. Yo me servía de los ejemplos que oía en los sermones y en el catecismo, y todo lo que sacaba de la lectura de Los Pares de Francia, Guerino Meschino o Bertoldo y Bertoldino.

Tan pronto me veían mis compañeros, corrían en tropel para que les contase algo, yo que apenas me percataba de lo que leía. Además, se unían a ellos algunas personas mayores, de suerte que a veces, yendo o viniendo de Castelnuovo, me encontraba rodeado, en cualquier terreno baldío o en un potrero, por centenares de personas que acudían para escuchar a un pobre chiquillo que, fuera de un poco de memoria, no había estudiado nada, pero que para ellos era un gran doctor. (Efectivamente), en el país de los ciegos, el tuerto es el rey.

Cuando llegaban los inviernos, todos me querían tener en sus establos para que les contara historietas. Allí se reunía gente de toda edad y condición que gozaba escuchando inmóvil, por cinco o seis horas, al lector de Los Pares de Francia que, a la manera de un gran orador, se subía sobre un banco para ser visto y oído por todos. Pero como corría la voz de que lo que iban a escuchar era un sermón, empezaba y terminaba mis narraciones con la señal de la cruz y el rezo del Ave María (1826).

**[8]** Durante la primavera, sobre todo en los días festivos, se reunían ya no sólo los vecinos sino también algunos forasteros. Entonces la cosa era más seria. Ante todo los entretenía con los juegos que iba aprendiendo de otros. Efectivamente, yo iba a ver a los charlatanes y volatineros que no faltaban nunca en ferias y mercados. Los observaba atentamente en los mínimos detalles de sus proezas y volviendo a casa las repetía hasta aprenderlas perfectamente. Hay que imaginarse los porrazos y revolcones, las volteretas y los golpes que me daba. Y, ¿lo van a creer?, cuando tenía once años era ya todo un prestidigitador, daba saltos mortales, hacía la golondrina, caminaba con las manos y andaba, saltaba y bailaba sobre la cuerda como un profesional.

Por lo que hacían los días festivos, se puede deducir lo que hacía durante la semana. Por ejemplo, en “Los Becchi” había un terreno de árboles, de los que sobrevive un peral que en aquel tiempo me sirvió mucho. Ataba de él una cuerda que templaba en otro algo distante, luego colocaba una mesita con la mochila y en el suelo una alfombra para mis saltos. Cuando todo estaba preparado y el público ansioso por saber las novedades del día, invitaba a todos a rezar la tercera parte del rosario y a entonar algún canto sagrado, después, me subía a una silla para el sermón, que no era otra cosa que repetir lo que recordaba de la explicación del evangelio que había oído por la mañana en la iglesia, o contar hechos y ejemplos que había oído, o que aprendía en mis lecturas. Terminada la plática, volvíamos a rezar alguna cosa y en seguida empezaba la diversión.

En aquel momento hubieran visto al orador convertirse en ese charlatán profesional del que hablaba. Dar el salto mortal, hacer la golondrina, caminar sobre una cuerda, pararme en las manos y andar con los pies en alto, terciarme la alforja, sacar de ella monedas y tragármelas para después extraerlas de la nariz de éste o de aquel espectador, multiplicar pelotas y huevos, cambiar el agua en vino, matar y despresar un pollo para después resucitarlo y hacerlo cantar mejor que antes; todas estas eran mis entretenciones ordinarias. La cuerda era ya para mí como un camino: en ella daba saltos y bailaba, me columpiaba suspendido de uno o de ambos pies, de una o de las dos manos. La entretención duraba algunas horas; después, cuando estaba bien cansado, terminaba los juegos, hacíamos una breve oración, y cada uno volvía a su casa.

Siempre eran excluidos de estos espectáculos los que hubieran blasfemado o tenido malas conversaciones, o quienes no habían querido tomar parte en las prácticas de piedad.

No es raro que a alguno se le ocurra preguntarme: ¿y de dónde sacaba el dinero necesario para ir a ferias y mercados, ver a los titiriteros, y proveerme para los gastos de todas esas diversiones? Tenía muchas maneras de hacerlo. Ante todo, el dinerito que mi madre u otras personas me daban para mis golosinas y entretenciones, lo ahorraba con esa finalidad; lo mismo el de las propinas y regalos. Tenía además una gran pericia para cazar pájaros con la trampa o la jaula, con hilos o con cuerdas; y era diestro en sacar nidos. Cuando ya había reunido bastantes, trataba de venderlos al mejor precio posible. Lo mismo que los hongos y hierbas útiles para las tintorerías; y la paja de escoba. Todo eso formaba mi fuente de ingresos.

No faltará tampoco quien quisiera saber lo que pensaba mi madre de esta vida que llevaba y que podía parecer tan superficial, y de todo ese tiempo como perdido en estas cosas.

Ella me quería mucho y yo le tenía una confianza tan grande que no me hubiera atrevido a dar un paso sin su consentimiento. Así que lo sabía todo, me observaba y me dejaba hacer. Es más, si necesitaba alguna cosa, me la proporcionaba con gusto. Los mismos compañeros y, en general, todos los espectadores, me colaboraban de buena gana con tal que les proporcionara esos pasatiempos.

**[11]** Mi hermano Antonio dejó que me dedicara a la escuela durante el invierno, cuando no urge trabajar en el campo, pero al llegar la primavera comenzó a quejarse diciendo que él debía consumir su vida en el campo mientras yo perdía el tiempo como si fuera un señorito. Después de agitadas discusiones conmigo y con mi madre, y para mantener la paz en la casa, se determinó que por la mañana madrugaría a clases y el resto del día me pondría a trabajar.

Pero, ¿cuándo estudiar la lección?¿cómo hacer con las traducciones?

Ya verán cómo hacía: aprovechaba para estudiar el tiempo de ida y de vuelta de la escuela. Llegado a la casa, al encaminarme al trabajo con la gramática en una mano y el azadón en la otra, iba repitiendo: Qui, quae quod, etc... Cuando llegaba, arrinconando la gramática con algo de nostalgia, me ponía a echar azadón con los demás o a limpiar de maleza, o a amontonar la hierba.

A la hora en que todos merendaban, apartándome un poco, agarraba mi pan en una mano y en la otra mis libros de estudio. Volviendo a casa hacía lo mismo. Para hacer mis tareas escritas sólo disponía de las comidas o la cena y de algún rato que por la noche le quitaba al descanso.

Pero, a pesar de tanto esfuerzo y de tan buena voluntad de mi parte, mi hermano Antonio no estaba contento. Un día delante de mi madre y otro, estando presente José, dijo en tono enfático:

* Ya he aguantado bastante. Voy a acabar con esa gramática. Yo crecí y me hice fuerte sin necesidad de ver ni un libro.

Dejándome llevar por el disgusto y la rabia, respondí con algo que nunca debía haberle dicho:

* Qué tonterías dices, ¿no te das cuenta de que el burro es todavía más robusto que tú y no ha ido tampoco a la escuela? ¿O es que quieres ser como él?

Oir esto y echarse sobre mí fue una sola cosa. De suerte que sólo me libré de la lluvia de golpes y pescozones gracias a la velocidad de mis piernas. Mi madre sufrió muchísimo, yo no hacía sino llorar, el capellán también lo sintió grandemente. En efecto, ese santo sacerdote cuando supo lo ocurrido en mi familia, me llamó y me dijo:

- Juanito, has puesto en mí tu confianza, y yo no quiero quedarme sólo en palabras. Deja al hermano, si te trata de esa manera. Vente conmigo y vas a encontrar un padre que de veras te ama.

**[9,7]** En aquel año de 1826, con motivo de una solemne misión que hubo en la parroquia de Buttigliera, tuve ocasión de oír varios sermones. La fama de los predicadores atraía gente de todas partes. Yo mismo acudí con muchos otros… después, cada uno podía volver a su casa.

Una de aquellas tardes del mes de abril [noviembre], entre la gente que regresábamos, venía también un cierto don Calosso, de Chieri, capellán del caserío de Murialdo. Era una persona muy piadosa y que, aunque un poco encorvado por los años, recorría ese largo trayecto del camino para ir a escuchar las prédicas de los misioneros.

- Hijo mío, ¿de dónde vienes? ¿Estuviste también en la misión?

- Sí, señor. Estuve en la predicación de los misioneros.

- ¡Qué habrás entendido! Tal vez tu mamá te hubiera hecho una prédica más apropiada, ¿no es verdad?

- Ciertamente que mi madre con frecuencia me dice cosas muy buenas, pero me gusta escuchar a los misioneros y me parece que les he entendido todo.

* Pues si me sabes decir cuatro palabras de los sermones de hoy, te daré veinte céntimos.

Juan tranquilamente le repitió al capellán la prédica entera, como si leyera un libro.

Don Calosso sin manifestar la sorpresa que Juan le causaba, le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?

* Me llamo Juan. Mi padre murió cuando yo era muy niño.
* ¿Qué estudios has hecho?
* Aprendí a leer y a escribir con don Lacqua, en Capriglio. Me gustaría seguir estudiando más, pero mi hermano más grande no quiere oír hablar de eso y los párrocos de Castelnuovo y Buttigliera no tienen tiempo para ayudarme.
* ¿Y por qué quieres estudiar?
* Para ser sacerdote.
* Dile a tu madre que venga a verme a Murialdo. Tal vez te pueda ayudar, aunque ya soy viejo.

Margarita, sentada delante del escritorio de don Calosso, oyó que le dijo:

* Su hijo es un prodigio de memoria. Es necesario que se ponga a estudiar enseguida, sin perder más tiempo. Yo soy viejo, pero haré todo lo que pueda.
* Se pusieron de acuerdo en que Juan estudiaría con el capellán. Era muy cerca de Becchi. Iría a la casa sólo para dormir. En los momentos en que el trabajo agrícola se intensificaba, ayudaría en su casa.

**[10,2]** Me puse en seguida en las manos de don Calosso, -escribe- Me di a conocer tal como era. Él sabía lo que yo hablaba, mi manera de pensar y de comportarme. Esto le agradó muchísimo pues así me podía dirigir, con fundamento, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Conocí entonces lo que significa tener un guía estable, un fiel amigo del alma, del que hasta entonces había carecido. Entre otras cosas, me prohibió en seguida una penitencia que yo acostumbraba hacer, porque no era proporcionada ni a mi edad ni a mi condición. Me estimuló a la frecuencia de la confesión y de la comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación, o mejor, un poco de lectura espiritual”.

**[11,9]** … En efecto, ese santo sacerdote cuando supo lo que ocurrió en mi familia, me llamó y me dijo:

* Juanito, has puesto en mí tu confianza, y yo no quiero quedarme sólo en palabras. Deja al hermano, si te trata de esa manera. Vente conmigo y vas a encontrar un padre que de veras te ama.

Cuando conté a mi madre aquella bondadosa propuesta, hubo fiesta en la casa. En abril ya me fui a vivir con el capellán y volvía solamente por la noche a la casa para cenar. Nadie puede imaginar mi alegría. Don Calosso se convirtió para mí en un ídolo. Lo quería más que a un padre, rezaba por él y con gusto le prestaba cualquier servicio. Además, gozaba cuando podía hacer algo por él, y hasta diría que estaba dispuesto a dar la vida por complacerlo. Estando con el capellán, aprovechaba en mis estudios más en un día que lo que hacía durante una semana en mi casa. Aquel hombre de Dios me apreciaba tanto, que me repitió varias veces:

* No temas por tu futuro. Mientras yo viva tendrás lo necesario, y también proveeré para cuando yo haya muerto.

Así que todo lo mío iba marchando de forma increíble. Era feliz, y no deseaba ya nada más, cuando una desdicha truncó el camino de mis ilusiones.

Una mañana de abril de 1828, don Calosso me mandó a llevar un recado a mi casa, pero apenas había llegado cuando alguien llegó corriendo, jadeante, a decirme que volviera de inmediata pues el sacerdote había sufrido un ataque muy grave y preguntaba por mí. Más que correr volé junto a mi bienhechor, al que encontré en la cama y sin poder hablar. Había sufrido un ataque apoplético. Sin embargo, me conoció aunque inútilmente intentaba hablarme. Me dio la llave del dinero, haciéndome entender que no la entregara a nadie. Después de dos días de agonía, aquel santo sacerdote volaba al seno del Creador. Con él morían todas mis esperanzas.

**[12, 14]** La muerte de don Calosso fue para mí un desastre irreparable. Lloraba sin consuelo por el bienhechor fallecido. Cuando estaba despierto pensaba en él y soñaba con él cuando dormía. Mi madre, viendo que las cosas iban de mal en peor y temiendo por las consecuencias que esto podría acarrear para mi salud, me mandó por algún tiempo con mi abuelo a Capriglio.

Por entonces tuve otro sueño, en el que se me reprendía ásperamente por haber puesto mi esperanza en los hombres y no en la bondad del Padre celestial.

**[12]** Aquel año, la divina providencia hizo que conociera a un nuevo bienhechor: el sacerdote José Cafasso, de Castelnuovo de Asti.

Era el segundo domingo de octubre de 1827 el que se celebraba la Maternidad de la Santísima Virgen María, fiesta principal de Murialdo. Los habitantes estaban ocupados o en sus faenas domésticas, o en la iglesia, y otros divirtiéndose en varios juegos y espectáculos.

Sólo había una persona que permanecía ajena a los festejos públicos. Era un seminarista más bien bajo de estatura, de ojos brillantes, afable y de rostro angelical, que permanecía apoyado a la puerta de la iglesia.

Aquella figura me atrajo inmensamente y aunque yo apenas tenía 12 años, me acerqué deseoso de entablar conversación con él:

- Señor cura, ¿quiere ver algo de la fiesta? Yo puedo acompañarlo con mucho gusto.

El me hizo acercar en forma muy simpática y comenzó a hacerme varias preguntas sobre mi edad y mis estudios; si ya había recibido la sagrada comunión, con qué frecuencia me confesaba, adónde iba al catecismo y otras por el estilo.

Quedé encantado con aquella manera de hablarme y de muy buena gana le respondí todo. Después, como para agradecerle de alguna manera, lo invité de nuevo a ver alguna entretención, o las novedades de la fiesta.

Entonces me dijo:

- Querido amigo, lo que deleita a los sacerdotes son las funciones de la iglesia; y en la devoción con que se hagan, está el gusto que sintamos en ellas. En esto están las novedades que nos deben atraer y en las que nosotros quisiéramos participar asiduamente. Yo, en verdad, sólo espero que abran el templo para poder entrar.

Sin embargo yo quise insistirle en el tema que teníamos entre manos y le dije:

- Es cierto lo que me dice, pero me parece que hay tiempo para todo: para ir a la iglesia y para divertirse.

El se puso a reír, y concluyó con unas palabras que fueron norma de conducta de toda su vida:

- El que se hace sacerdote se entrega del todo al Señor; y ya no debe preocuparse por lo que ha dejado en el mundo, sino dedicarse sólo a lo que es para la mayor gloria de Dios y el bien de los demás.

Quedé admirado y quise conocer el nombre de ese clérigo en cuyas palabras y actitudes se manifestaba el Espíritu del Señor. Entonces fue cuando supe que se trataba del seminarista José Cafasso, que hacía el primer curso de teología y del cual, por sus virtudes, ya había oído hablar en diversas ocasiones.

…

Mientras tanto yo pensaba siempre en cómo adelantar en los estudios. Veía a varios sacerdotes buenos, que trabajaban en el sagrado ministerio pero no lograba tener un trato familiar de su parte. Me encontraba con frecuencia con el párroco o el vicario. Los saludaba de lejos, o si era más de cerca, les hacía una reverencia. Ellos respondían seria y cortésmente, pero seguían su camino con indiferencia. Muchas veces, decía para mí, o comentaba con otros, que si fuera sacerdote sería diferente. Querría acercarme a los muchachos, decirles una buena palabra, darles un buen consejo. Qué feliz, en efecto, sería yo si me pudiera entretener con el párroco. Si había sido posible hacerlo con el padre Calosso, ¿por qué no, también con los demás?

Mi madre, viéndome siempre afligido por tantos obstáculos que se oponían a que continuara los estudios, y sin poder obtener el consentimiento de Antonio que, por otra parte ya había cumplido 20 años, determinó proceder a la división de los bienes paternos. Cosa muy difícil, por cierto, pues José y yo éramos menores de edad. Por esto mismo, se debían cumplir muchos requisitos legales y afrontar graves costos. Con todo, se tomó esa determinación. Así que la familia se redujo a mi madre y a mi hermano José, quien no quiso se dividiera lo que correspondía a los dos. La abuelita había muerto hacía unos años.

Con aquella división, en verdad, se me quitaba un gran peso de encima y quedaba plenamente libre para continuar estudiando, pero todos esos trámites legales duraron aún varios meses, de suerte que aquel año de 1828 sólo hasta cerca de Navidad, pude ir a las Escuelas Públicas de Castelnuovo. Ya había cumplido los trece años.

**[13]** La entrada en una escuela pública, con un maestro nuevo, después de haber estudiado por mi cuenta, fue para mí desconcertante. Tuve casi que recomenzar la gramática italiana antes de pasar a la latina. Al principio iba a pie desde mi casa a la escuela todos los días, pero pronto la crudeza del invierno lo hizo imposible. Entre la ida y la vuelta me tocaba recorrer veinte kilómetros. Así que me consiguieron hospedaje en la casa de un hombre responsable, de nombre Juan Roberto, sastre de profesión, y que sabía canto gregoriano y música vocal. Como yo tenía buena voz, y me dediqué fervorosamente a la música, no tardé mucho en formar parte del coro y hasta actuar, con bastante éxito, como solista.

Deseando además ocupar las horas libres en alguna otra cosa, me dediqué a la sastrería y en poquísimo tiempo aprendí a pegar botones, a hacer ojales y costuras simples y dobles, a confeccionar calzoncillos, camisas, pantalones, chalecos, hasta creerme ya todo un profesional.

Mi amo, al verme adelantar en su oficio, me hizo propuestas bastante ventajosas para que me quedara a trabajar definitivamente con él. Pero mi plan era seguir mis estudios; de suerte que, si para no caer en el ocio, hacía muchas cosas, ante todo, mis esfuerzos se encaminaban a lograr lo que tanto había deseado.

También ese año no faltaron ocasiones peligrosas pues algunos compañeros sólo querían jugar en las mismas horas de clase, y como me excusaba diciendo que carecía de dinero, me sugirieron la manera de obtenerlo robando al dueño o a mi madre. Uno de ellos trataba de convencerme de esta manera:

- Amigo, ya es hora de que despiertes; hay que aprender a vivir. Quien tiene los ojos vendados no sabe por dónde camina. ¡Avíspate, consigue un poco de plata y también podrás divertirte como hacen los otros!

Recuerdo que le contesté:

- Si entiendo bien lo que me dices, me parece que me estás aconsejando que me dedique al juego y al robo. ¿Acaso no dices todos los días cuando rezas que el séptimo mandamiento es no robar? Quien roba es ladrón y todo ladrón acaba mal. Pero, además, mi madre me quiere tanto que no me negaría la plata que le pida para cualquier cosa lícita que quiera hacer. Sin su permiso nunca he hecho nada, y no quiero ahora comenzar a desobedecerle. Si tus compañeros hacen esto, no son buenos. Si no lo hacen, y lo aconsejan a los otros, son unos pícaros y desvergonzados.

Estas palabras corrieron de boca en boca, y desde entonces, nadie volvió a hacerme semejantes propuestas. Es más, lo supo el profesor quien desde entonces me tomó mayor aprecio. También las conocieron los papás de varios muchachos y empezaron a aconsejar a los hijos que me tuviesen por compañero. Así fue cómo más fácilmente pude elegir un grupo de amigos que me apreciaban y obedecían como los de Murialdo.

Las cosas se iban encaminando muy bien cuando un nuevo incidente vino a trastornarlas. El padre Virano, mi profesor, fue nombrado párroco de Mondonio, en la diócesis de Asti. El querido maestro, tomó posesión de su parroquia en abril de ese año 1830. Vino a suplirlo otro cuya incapacidad para mantener la disciplina, casi echa a perder todo lo que en los meses anteriores yo había aprendido.

**[14]** Después de tanto tiempo perdido, se tomó, por fin, la decisión de que fuera a Chieri para dedicarme seriamente al estudio. Era el año 1830 [1831]. Quien se ha criado entre bosque y no ha visto sino pueblitos de provincia, queda muy impresionado al ver algo distinto. Llegué de huésped a la casa de una paisana, Lucía Matta, que era viuda y vivía con su hijo único en la ciudad, para atenderlo y acompañarlo mientras cursaba los estudios.

La primera persona que conocí fue un sacerdote de santa memoria, el padre Eustaquio Valimberti. Él siempre me daba buenos consejos para que me mantuviera alejado de todo peligro… Como en mis estudios anteriores se veía un poco de todo, que era casi como no haber estudiado nada, me aconsejaron hacer el sexto curso de primaria. Aquí el teólogo Pugnetti, también de grata memoria, tuvo para conmigo mucha caridad. Preocupado por mi edad, pero también viendo mi interés, me ayudaba en las clases, me invitaba a ir a su casa y no ahorraba nada de cuanto pudiera serme útil en mis estudios.

Ciertamente, entre compañeros tan pequeños, yo debía parecer de una estatura descomunal. Por eso, decidido a superar aquella situación, y habiendo obtenido el primer puesto a los dos meses de comenzadas las clases, presenté exámenes y pasé al quinto grado. Allí me sentí mejor pues los compañeros eran más grandes…

Dos meses hacía que estaba en aquella clase cuando ocurrió un pequeño incidente que dio mucho que hablar sobre mí. Explicaba un día el profesor la vida de Agesilao escrita por Cornelio Nepote. Yo no había traído mi libro. Para disimular abrí el Donato leyendo como si fuera el otro. Los compañeros se dieron cuenta y empezaron a reír uno tras otro hasta formar un completo desorden.

*¿Qué sucede?, ¿qué pasa?, -díganmelo,* -interrumpió el profesor. Y como todos me miraban, me mandó hacer la construcción gramatical del párrafo y repetir la traducción.

Me puse de pie, y siempre con el Donato en la mano, repetí de memoria el texto e hice el análisis gramatical y la explicación. Los compañeros, admirados, empezaron espontáneamente a aplaudir…

Terminado el año escolar (1830-1831) pasé, con buenas calificaciones, al tercer curso de gramática.

**[15]** Durante esos cuatro primeros años fui aprendiendo a tratar a mis compañeros de colegio. Los fui clasificando en tres categorías: buenos, indiferentes y malos.

Con los últimos no había nada qué hacer sino, apenas los fuera conociendo, evitar en absoluto el trato con ellos. Con los indiferentes tratarlos sólo por educación o necesidad; con los buenos, si en verdad estaba seguro de conocerlos, tener una relación familiar.

…

Pero ocurrió que, siendo los más descuidados en sus deberes aquellos compañeros que buscaban arrastrarme y meterme en líos, también ellos quisieron que les hiciera la caridad de ayudarles en los estudios prestándoles o haciéndoles los trabajos de clase. Esto disgustó al profesor quien me lo prohibió severamente… Hallé entonces una manera más útil de complacerlos y consistía en darles explicación para que se pusieran al día. Así les daba un poco el gusto a todos y me ganaba el aprecio y el cariño de los compañeros.

Comenzaron entonces a venir a jugar, luego, a oír mis historietas, después, a hacer las tareas escolares y, finalmente, venían porque sí, como los de Murialdo y Castelnuovo.

Para darles algún nombre a nuestras actividades acostumbrábamos llamarla Sociedad de la Alegría, que era una expresión muy apropiada ya que cada uno nos comprometimos a buscar los libros, compartir aquellos temas y divertirnos con aquellos pasatiempos que nos ayudaran a estar alegres; y, por el contrario, estaba prohibido todo lo que nos ocasionara tristeza, de modo especial lo que se oponía a los mandamientos del Señor. En consecuencia, el blasfemo, el que pronunciara el nombre de Dios en vano o tuviera conversaciones obscenas, era inmediatamente expulsado de nuestra compañía.

Nos pusimos, pues de acuerdo, con todos esos muchachos, en que:

1. Todo miembro de la Sociedad de la Alegría evitara toda conversación y todo comportamiento que desdijese de un buen cristiano;
2. Cumpliera con exactitud los deberes escolares y religiosos.

Fueron estas cosas las que contribuyeron a granjearme el aprecio de los demás, así que en 1832 ya mis compañeros me tenían por capitán de un pequeño ejército. Por todas partes me llamaban para animar las diversiones, para visitar a algunos alumnos en sus casas, y también, para dar clase y hacer repasos en privado. De este modo la divina providencia me facilitaba la adquisición del dinero que necesitaba para ropa, para material escolar, y para otros gastos que tuviera que hacer, sin necesidad de molestar a mi familia.

**[16]** Entre los que componían la Sociedad de la Alegría encontré algunos chicos verdaderamente buenos, como Guillermo Garigliano, Pablo Braja… A los dos les gustaba la reflexión y la piedad, y siempre me daban algún consejo oportuno. Los días festivos, después de la reunión reglamentaria del colegio, íbamos a la iglesia de San Antonio, en donde los jesuitas tenían una catequesis estupenda, siempre ilustrada con ejemplos que todavía recuerdo.

Durante la semana, la Sociedad de la Alegría se reunía en casa de uno de los socios para tratar temas religiosos… Jugábamos amenamente; conversábamos de asuntos útiles, leíamos algo religioso, rezábamos, nos aconsejábamos o nos hacíamos alguna observación sobre los defectos que habíamos notado en los demás…

Fuera de estos ratos divertidos que pasábamos como amigos, íbamos a algunos sermones, o a confesarnos y a recibir la Santa Comunión…

La aventura más importante que tuve por entonces fue el haber tenido como confesor estable al teólogo José Maloria que era canónigo de la colegiata de Chieri. Siempre que iba a visitarlo me recibía con mucha bondad y me estimulaba para que me confesara y comulgara frecuentemente, lo que era muy raro por entonces…

Sin duda debo a mi confesor el no haber sido arrastrado por los compañeros a ciertos desórdenes de los que, en los grandes colegios, muy a menudo los jóvenes inexpertos son víctimas.

**[25]** Mientras tanto se acercaba el final del curso de retórica, época en que los estudiantes acostumbraban decidir sobre su vocación. El sueño de Murialdo estaba siempre fijo en mi mente; es más, se me había repetido otras veces de un modo bastante más claro, por lo cual, si quería prestarle fe, debía elegir el estado eclesiástico, hacia el que me sentía inclinado. Pero, por una parte no quería creer en sueños, y por otra, mi modo de vivir, ciertas tendencias de mi corazón, y la falta absoluta de las virtudes necesarias para este estado, hacían dudosa y bastante difícil mi decisión.

¡Si entonces hubiese tenido un guía que me hubiese ayudado a orientar mi vocación! Qué tesoro hubiese sido para mí, pero no lo tuve. Mi confesor era bueno. Pero sólo pensaba en hacerme un buen cristiano, y nunca quiso inmiscuirse en mi asunto vocacional.

Aconsejándome entonces conmigo mismo, después de haber leído algún buen libro, decidí entra en la orden franciscana.

Pensaba: *si me hago sacerdote secular va a naufragar mi vocación. Entonces, voy a hacerme sacerdote pero renunciando al mundo y entrando en un convento en donde pueda entregarme al estudio y a la meditación, de manera que, en la sociedad, pueda combatir mis pasiones, especialmente la soberbia, que está tan arraigada en mi corazón.*

Hice la petición a los conventuales reformados, presenté el correspondiente examen, me aceptaron, y se resolvió que entrara en el convento de la Paz en Chieri.

Pocos días antes del fijado para mi entrada tuve un sueño bastante extraño. Me pareció ver a muchos religiosos franciscanos que, con los hábitos hechos pedazos, corrían como sin sentido estrellándose unos contra otros. De repente uno de ellos se me acercó y me dijo: 'buscas la paz y aquí no la vas a encontrar, mira las actitudes de estos hermanos; Dios te prepara otros lugar y otra mies.

…

Entre tanto sucedió algo que me impidió efectuar mi proyecto. Como los obstáculos eran muchos y se prolongaban, resolví confiar a mi amigo Comollo lo que me sucedía. El mer aconsejó hacer una novena, mientras consultaba por escrito a su tío, que era párroco de Cinzano.

… La respuesta del padre Comollo decía: *“Considerando atentamente lo que me escribes, aconsejaría a tu compañero que no entre por ahora en un convento, sino que tome la sotana y, mientras hace los estudios, discierna mejor lo que Dios quiere de él. Dile que no tema perder la vocación ya que con el recogimiento y la piedad podrá superar todos los obstáculos.*

Seguí el sabio consejo…

Volví a casa durante las vacaciones. Dejé de lado mis charlatanerías y me entregué a lecturas que me ayudaran pues, y lo digo con pena, me había descuidado en este punto. Eso sí, continué ocupándome de los chicos, entreteniéndolos con mis narraciones, los juegos y los cantos…; y como me percaté que muchos de los más grandecitos ignoraban las verdades de la fe, me dediqué a enseñarles las oraciones de cada día y aquellas cosas que les eran indispensables en esa edad. Era como una especie de oratorio al que acudían unos cincuenta muchachos, que me querían y seguían como a un padre.

Tomado de: *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales por San Juan Bosco.* Edición crítica a cargo del P. Fernando Peraza L. Publicada por Editorial Salesiana. Lima – Perú. 2006

*Si quieres continuar tomando contacto con la experiencia de Don Bosco, puedes visitar mi sección de “salesianidad” en* <http://www.fundaciondonbosco.cl/salesianidad.php>

*En la sección encontrarás propuestas que te permitan tomar contacto con la experiencia de Don Bosco, rico en humanidad y lleno de Dios, para desde ahí conectar con tu propia experiencia joven.*